

Mas del bárbaro imperio la fiereza  
 Los diques rompe del celeste enojo;  
 Y ya sobre su indómita cabeza  
 Desciende el rayo á confundir su arrojo.  
 De su poder, su gloria y su grandeza  
 Ni rastro existe, ni se vé despojo;  
 Quedando apénas, porque al mundo asombre,  
 De tan gran reino por vestigio *un nombre.*\*

Así del Asia en la region distante  
 Crecieron cien imperios poderosos,  
 Que hasta el cielo con ánimo arrogante  
 Levantaron sus vuelos orgullosos:  
 Y hora al pisar el triste caminante  
 Los áridos desiertos espantosos,  
 Pisa con sacro horror y muda pena  
 Hundidos cien imperios en la arena.

\* Vélez de la Gomera.

## ZARAGOZA.

### POEMA.

« Compúsose este Poema para disputar el premio ofrecido á nombre de la nacion por la Suprema Junta Central, poco despues de acaecida la rendicion de Zaragoza en el año de 1809; sin que importe al público saber ni las causas á que se atribuye el que no se manifestasen las resultas del concurso, al cabo del término prefijo, ni los datos que tiene el autor para creer que este Poema, tal cual sea, habia sido elegido por dos jueces tan competentes eh la materia, como D. Melchor Gaspar de Jovellanos y D. Manuel José Quintana, para que en él recayese el premio. Lo cierto es que, habiéndose retardado el que se diese este, sobrevinieron luego las desgracias que affigieron á la Patria en aquel aciago año, y que acarrearón por último la invasion de Andalucía por el ejército enemigo y la disolucion del Gobierno: en cuyas circunstancias, habiéndose el autor refugiado á

Cádiz, y de allí pasado á Inglaterra, imprimió su Poema en Londres en el año de 1811. »

« Del mismo modo que se publicó entonces, se reimprime ahora, habiendo juzgado conveniente dejar esta obra cual la inspiraron las circunstancias de aquella época, y como se presentó al concurso; á pesar de que alguna vez se resienta de que la compuso el autor siendo todavía muy jóven, y apremiado por el corto plazo concedido por la Junta Central. »

Tal es la advertencia que estampé al frente de este Poema, cuando el año de 1827 lo publiqué en Paris entre mis *Obras literarias*; y no habiéndose nunca impreso en España, me ha parecido oportuno verificarlo ahora, para completar con él esta coleccion.

## POEMA.

Sobre ruinas y triunfos, Zaragoza  
De la terrible lucha reposaba  
Que por dos lunas agitó su suelo  
Cuando, á la voz de Marte pavorosa,  
Se estremeció Pirene, y de sus cumbres,  
Con las llamas y el hierro amenazando,  
Lanzáronse mil bárbaras legiones.  
En vano ; oh Dios! en vano  
A poner freno á su furor insano  
Braman los aquilones;  
Rompen sus cauces los hinchados rios;  
Tala el invierno la aterida tierra;  
Y de inclemente nieve coronada  
Alza su frente la riscosa sierra.  
¿No los veis, no los veis ardiendo en saña  
Arrasar montes, devastar los llanos;  
Incendiar pueblos, y en feroz sonrisa  
Rasgar el seno de la triste España,  
Que incauta un tiempo los llamára hermanos?  
¿Quién osará del rápido torrente  
El ímpetu atajar? Cayó Castilla ;

Se ahuyentó nuestra hueste desbandada;  
 Y al furor de la bárbara cuchilla,  
 Con la sangre de mayo salpicada,  
 Tendió Madrid la desdorada frente.  
 Por vez segunda el Tajo caudaloso  
 Al inclemente yugo se condena;  
 Y allá bajo la tierra, prodigioso  
 Sepúltase Guadiana,  
 Rehuyendo altivo la servil cadena.

El enemigo bando

Las palmas bate, y por los aires suena  
 Su horrísono clamor... ¡Ay, cuánto, cuánto,  
 Miserá España, de destrozo y ruina,  
 Cuánto de luto y de amargura y llanto  
 Tu suelo amaga y tu beldad divina!

Ya cien y cien legiones

Del Ebro cubren la anchurosa márgen:  
 Tiembla bajo la inmensa pesadumbre  
 La sacra orilla; plumas y penachos  
 A merced de los céfiros ondean;  
 Y los petos y yelmos centellean  
 Del claro sol á la radiante lumbre.  
 Los normandos frisonos  
 Baten con grave pie la helada tierra;  
 Piérdense los contrarios escuadrones  
 Allá á lo lejos entre densa nube;  
 Crece el estruendo, y el clamor de guerra  
 Puebla los vientos y á los cielos sube.

De juncos y de adelfas coronadas  
 Las Náyades, al eco tremebundo,  
 Sacan del agua los nevados pechos;  
 Y del bélico apresto amedrentadas,  
 Lanzan un grito, y cálanse al profundo.

Tened, tened, impíos;  
 Suspended esas huestes ominosas  
 De muerte y destruccion: ¿á dónde, á dónde  
 Correis, blandiendo en la terrible mano  
 La ardiente antorcha y el acero insano?  
 Piedad, piedad, crueles!  
 Merced á Zaragoza!  
 Miserá, abandonada,  
 Aun gime dolorida;  
 Aun brota sangre la reciente herida  
 Que en ella abriera vuestra cruda espada.  
 ¿No escuchais cuál resuenan por los vientos  
 Los agudos lamentos  
 De viudez y orfandad? ¿El sordo ruido,  
 Cual de lejano trueno, que retumba  
 Allá en el hondo de la negra tumba,  
 Do mil valientes víctimas cayeron?  
 Piedad por una vez: si buscáis ruinas,  
 Si saciaros quereis en fiero estrago,  
 Sobradas ruinas ¡ay! hartos despojos  
 Han que mirar los ojos.  
 Tended la torva vista, que aun humean  
 Los techos incendiados;

Aun espantan con sangre mancillados  
El suelo ilustre y los endeblés muros.

Si empero tanto horror, si tantas muertes,  
No os bastan, proseguid: no lanzó en vano  
La invicta Zaragoza el santo grito  
De vencer ó morir; grito tremendo,  
Que sobre el trono estremeció al Tirano.  
Amenazado, herido,  
Ruge con mas furor el leon hispano,  
La sangrienta guedeja sacudiendo;  
Y al agresor se arroja, y se complace  
La presa entre sus garras dividiendo.

Seguid, seguid: la heróica Zaragoza  
Al combate se apresta, á la venganza;  
La espada vibran sus valientes hijos,  
Y blanden fieros la terrible lanza.  
¿Cómo tan breve su constancia invicta  
Pudisteis olvidar y su ardimiento?  
¿En qué librais la bárbara esperanza  
Del triunfo y vencimiento?  
¿No vió el Jalon profundo sus riberas  
De enemigos cadáveres sembradas,  
Y arrebatár su rápida corriente  
Rotas corazas, petos y cimeras?  
¿No vieron vuestras huestes debeladas  
Los campos de Mallén? ¡Oh nunca, nunca  
Dignamente loadas,  
Hablad vosotras, inmortales Eras!

Decid cómo animosos  
Los ínclitos del Ebro batalláran  
Con las legiones fieras;  
Y á la muerte tranquilos presentáran,  
En vez de fuerte arnés, pechos desnudos.  
No los filos agudos  
Del duro acero, ni la fuerte lanza,  
Ni el plomo ardiente su furor frenan;  
Todo cede á la indómita pujanza  
Del brazo aragonés; heridos suenan  
Cascos y petos; mézclanse las haces;  
El polvo roba el inflamado cielo;  
Y al duro encuentro, á los terribles golpes,  
Los vientos rugen, y retiembla el suelo.

En sangre tintas, de pavor cubiertas,  
Rotas huyen las bárbaras legiones;  
Y en tanto, tremolando los pendones,  
Entran ufanos por las anchas puertas,  
De guirnaldas y lauros adornadas,  
Los hijos de la patria. ¡Cuántos, cuántos  
Siguiéron á aquel triunfo! Siete veces  
Miró embestida la Ciudad gloriosa  
El blondo julio; y siete desplomarse  
La soberbia enemiga, y contra el muro  
Sus numerosas fuerzas estrellarse.  
Hiela el pavor los ánimos osados  
De los feroces hijos de la guerra;  
Y en cobarde rencor trocando el brío,

Cuando la noche á la callada tierra  
 En luto envuelve y en horror sombrío,  
 Bombas arrojan, que en su lumbre encienden  
 El aire tenebroso por do hienden.

A leve impulso, la muralla frágil  
 En polvo cae deshecha;  
 Y cual tigre rabioso,  
 Por ruinas y cadáveres trepando,  
 Entra osado Verdier por la ancha brecha,  
 Y Lefèvre orgulloso  
 La destructora turba acaudillando.  
 De enemigos cubiertas  
 Véense calles y plazas; atronando  
 Rompen las hachas los robustos quicios;  
 Caen las ferradas puertas;  
 Arden los edificios;  
 Y el crudo incendio y la espantosa ruina  
 Mira el pueblo valiente  
 Con pecho quieto y con serena frente.

Ya en roncos alaridos  
 Celebra el triunfo la contraria gente,  
 Cuando el cañon horrisono tronando,  
 Las espesas falanges desordena:  
 Agítase en confusos remolinos  
 La destrozada hueste; pavorosos  
 Caudillos y soldados se atropellan;  
 Y por el plomo destructor heridos,  
 Caen en la dura tierra confundidos

Con los tibios cadáveres que huellan.

En tanto los terribles moradores  
 Arrójanles por claros y troneras  
 Mil muertes y otras mil; allí arruinando  
 La quebrantada, altísima techumbre,  
 Desquicianla; y desplómase atronando,  
 A impulso de su grave pesadumbre.  
 Allí, incendiadas vigas y sillares  
 De los deshechos muros arrancando,  
 Los impelen con ímpetu; los vientos  
 Braman con son horrisono apremiados;  
 Y los fieros guerreros á millares  
 Quedan entre las ruinas sepultados.

Ni fuga ni piedad: por todas partes,  
 A la señal belisona, furiosas  
 Arrójanse las tropas valerosas  
 Que nacer viera el Llobregat ameno.  
 La sorpresa, el desórden, la estrechura  
 Redoblan el horror del trance fiero;  
 Combaten crudamente brazo á brazo  
 Guerrero con guerrero;  
 Saltan rotos los hierros centellantes;  
 La tibia sangre por do quier humea;  
 Cada golpe una muerte; cada acero  
 Húndese en cien entrañas palpitantes.

¿Qué enristrar vale la potente lanza,  
 Qué el robusto frison, el fuerte escudo?  
 Con ímpetu de rayo se abalanza

El bravo Aragonés; burla los golpes;  
 Y entre el fuego y horror del trance crudo,  
 La vista apenas á seguirle alcanza.  
 Hiérenle; y fieramente embravecido,  
 Los montes de cadáveres salvando,  
 Penetra por las astas enemigas,  
 En sed de guerra ardiendo y de venganza.  
 ¿Dó tornarán los fieros enemigos  
 La amedrentada faz? Hierro sus sienes,  
 Hierro amenaza sus cobardes pechos:  
 Destrozados, deshechos,  
 Ni oponer osan el comun estrago  
 La desesperacion; el asta fuerte  
 Cae de su débil diestra desprendida;  
 Y al inclemente amago  
 Inclinando cobardes la cabeza,  
 Ni el golpe esquivan de la cruda muerte.  
 ¿Cuántas allí! Confusos, perseguidos,  
 Los restos de las bárbaras legiones  
 La Ciudad abandonan, que engreidos  
 Leve triunfo á su esfuerzo imagináran.  
 La triste nueva de terror sombrío  
 Cobija el enemigo campamento;  
 Muere en los pechos el antiguo aliento,  
 Muere en los brazos el usado brío.  
 Al rayo abrasador del Can ardiente  
 Allí lánguido yace el cruel guerrero;  
 Mas allá, sobre el arma reluciente

Débilmente apoyado,  
 Los mustios ojos fijos en la tierra,  
 Reposo anhela el mísero soldado;  
 Y apareciendo á su afligida mente  
 De Ulma y Dantzik las deslustradas glorias,  
 Dentro del pecho congojoso encierra  
 Hondos sollozos de furor y angustia.  
 Lefèvre en vano intenta  
 Las tropas alentar, con faz mentida  
 Encubriendo el dolor que le atormenta:  
 Recorre el campo; y su mirar incierto,  
 La rienda del caballo abandonada,  
 El tardo paso su penar anuncian;  
 Y aun tal vez, en su cuita sumergido,  
 Sin dello apercebirse,  
 Se escapa de sus labios un gemido.  
 Cayó toda esperanza: desde el monte  
 Descubren á los bravos combatientes,  
 Que vuelan al socorro apetecido  
 De la heróica Ciudad; la nueva hueste  
 El pavor de los Galos acrecienta;  
 Y cual banda de huitres, que se ahuyenta  
 Cuando brilla relámpago á lo lejos,  
 Anunciando el horror de la tormenta;  
 Así dispersos huyen, arrojando  
 Las mal usadas armas, y á la noche  
 Su salud en la fuga encomendando.  
 Tal fuera vuestra infamia, hijos del Sena;

Tal el torpe baldon, que en vuestras frentes  
Secó los lauros de Austerlitz y Jena.

¡Y aun osaréis luchar con los valientes  
Que tantas veces con heroica planta  
Vuestras altivas águilas hollaron!

¡Oh, cuánto afan y destruccion y mengua  
Costaros ha la bárbara osadía!

¡Cuán terrible y sangriento  
Será el nuevo escarmiento!

Aquí mi voz llegára: y las legiones  
Ya con hórrido estruendo  
A la Ciudad augusta se acercaban.

Sus negras alas desplegó la noche;  
Y como en su alta cima vé Moncayo

Las oscuras tormentas apiñarse,  
Y al viento desafía,

Al ronco trueno y al ardiente rayo;  
Tal, al mostrarse la vecina aurora,

Zaragoza impertérrita veía  
Desparecer, bajo contrarias huestes,

Las cercanas colinas y llanuras.  
Cánticos, himnos, voces de alegría

Sus espaciosos ámbitos llenaban;  
Y el parche y las trompetas pregonaban

Que era llegado de la gloria el día.  
Las calles y las plazas y los muros

Puéblanse, al ronco son, de gente armada:  
Mil y mil combatientes

Embrazan el paves, ciñen la espada,  
Y de verdes coronas

Ornadas muestran las augustas frentes.  
Las ínclitas matronas,

Los jóvenes y ancianos  
Morir anhelan por la amada patria,

Y el hierro empuñan sus endebles manos.  
¡Oh patria! ¡Oh dulce nombre! Te oigo apenas,

Y agítase mi pecho, arden mis venas;  
Ensánchase mi ser: ante el Tirano,

De verdugos cercado y de suplicios,  
Libre de vil temor, de bajo susto,

Yo cantaré tus glorias: sí, tu mano  
Me sostendrá al morir; tu nombre augusto

Se helará, al espirar, entre mis labios.  
¿Mas quién entre los ínclitos guerreros

El sagrado estandarte tremolando,  
Los inflama al combate, á la victoria?

Él es, él es: su rostro resplandece  
Con rayos mil de gloria,

Cual iris tras tormenta en el estío;  
Sus mayores su escudo le prestaron,

Apolo su beldad, Marte su brío.  
No hay duda, él es; ceñido de laureles,

Al invencible Alfonso se asemeja  
Cuando le vió triunfante Zaragoza,

Rescatada por él de los infieles.  
Salud, héroe inmortal; salud mil veces,

Divino Palafox; la madre España  
 A tí tiende sus brazos congojosa,  
 Como al hijo de amor; por tí respira;  
 Agítase contigo en la pelea;  
 Y su dolor y angustias olvidando,  
 En tus glorias y lauros se recrea.

Alienta, triste patria; que el acero  
 Ya en su terrible diestra centellea,  
 Cual rayo en tempestad: su ademan fiero  
 Es precursor del triunfo; la victoria  
 Entre el marcial estruendo le acompaña.  
 Miradle, sí, miradle: repitiendo  
 El sacro nombre de la madre España,  
 Se abalanza á las bárbaras legiones,  
 Seguido de la hueste numerosa;  
 Trábase la árdua lid; el bronce suena;  
 Todo es horror y muerte; el héroe invicto,  
 Cercado de enemigos escuadrones,  
 Hiende, rompe, destruye, desordena  
 Cuanto se opone á su denuedo y brío:  
 ¿Quién, quién resistirá? Rastros de sangre  
 Marcando van su rápida carrera.

La densa niebla, que aun el sol tardío  
 Con sus nacientes rayos no rompiera,  
 Envuelve á los feroces combatientes,  
 Los mezcla, los confunde, y acrecienta  
 La horrenda mortandad: caen los valientes;  
 No hay perdon al rendido; á hierro y fuego

Destruyense las haces inclementes  
 ¿No basta tanto estrago, tanta ruina?  
 Nueva lucha arde allí; nuevo destrozo  
 Allí, y allí tambien; en la colina,  
 En la márgen del Gállego, en el puente,  
 En los vecinos campos inundados  
 Por la profunda, rápida corriente.

La pericia, el furor, la muchedumbre  
 De la contraria hueste son en vano:  
 Cede al valor el número, y el arte  
 Al amor de la patria soberano.  
 El furibundo Marte,  
 La flamígera antorcha sacudiendo,  
 Recorre el campo; acá y allá revuelve,  
 Sobre muertos y heridos, los caballos  
 Del carro destructor; y á la venganza,  
 A muerte incita con clamor horrendo.

A la voz imperiosa  
 Renacer siente el enemigo bando  
 Su bravura feroz; y se abalanza  
 Al fuerte parapeto, el nombre odioso  
 Del sanguinario Déspota aclamando.  
 De horror y muerte y destruccion preñadas,  
 Con estruendo espantoso  
 Revientan las terribles baterías;  
 Yerma el inmenso llano de enemigos  
 El fuego asolador; retumba el bronce;  
 Murallas, combatientes, cielo y tierra

Confúndense entre el humo y desaparecen.  
 ¿Qué se hicieron las huestes triunfadoras,  
 Que el mundo encadenaron?  
 Finó su gloria; cual ligera niebla  
 Ante recio huracan, se disiparon.

Palmas, coronas mil, Ninfas del rio,  
 Guirnaldas de laurel: cubrid el suelo  
 De mirto y de arrayan; y el dulce canto  
 La victoria remonte al alto cielo.  
 En sus ilustres lares,  
 Tiernas amantes, cándidas esposas,  
 Con voces armoniosas  
 Repetirán los plácidos cantares.

Volad, héroes, volad: en la muralla  
 Las banderas espléndidas ondean;  
 Suena alegre el clarin; álzanse triunfos;  
 Sobre tronchadas águilas y picas  
 Pebeteros riquísimos humean.

Todo era salvas, júbilo, alegría,  
 Cuando la noche que en el negro carró  
 Rodando por el cielo tenebroso,  
 Ya medio curso recorrido habia,  
 Llamó á los vencedores al reposo.  
 Pensativo, sangriento, polvoroso,  
 El fuerte Palafox, en el alcázar,  
 A nueva lucha y prez se apercibia:  
 La soledad, el lúgubre silencio,  
 La techumbre de cedro, opaca, altísima,

Un temor inspiraban misterioso;  
 Y el viento que á lo lejos sordamente  
 Vagando por las bóvedas se oía,  
 El horror augustísimo aumentaba.  
 El ánima del héroe se gozaba  
 En la terrible magestad sombría,  
 Cuando temblar sintió bajo su planta  
 Los profundos cimientos del palacio:  
 Tres veces ¡ay! con hórrido estampido  
 Ronco trueno sonó; se abrió la tierra;  
 Y sobre negra nube se levanta  
 La venerable Sombra  
 De Rebolledo el Grande: en la tiniebla  
 Se vé centellear su faz divina;  
 Tal como suele boreal aurora,  
 Cuando en los reinos de la eterna noche  
 Cielos y tierra y mares ilumina.  
 Cércale en torno insignias y trofeos;  
 Cúbrelo con su manto la victoria;  
 Y en el noble ademan, fiero y sombrío,  
 Ostenta grave su valor y gloria.  
 « Ilustre nieto, (dice en voz pausada)  
 El placer penetró mi hondo sepulcro,  
 Cuando incansable, en el ardiente estío,  
 Lidiar te ví y vencer. Mas árdua lucha,  
 Mayor constancia, esfuerzo y heroismo  
 Hora la patria exige: cuantos males  
 Abortar pudo el Genio de la guerra,

Cuantas plagas ¡oh Dios! guarda el abismo  
 Para afligir los míseros mortales,  
 Y el cielo airado en su venganza encierra,  
 Van sobre tu cabeza á desplomarse.  
 Naturaleza toda conjurada  
 Vendrá de lleno sobre tí: la tierra,  
 En sus profundos senos agitada,  
 Sacudirá con horroroso estruendo  
 Defensores, murallas y edificios;  
 Lloverá fuego; el hambre, la atroz muerte,  
 Con mano yerta y pálida tendiendo  
 El cetro asolador, en vasta huesa  
 La patria trocarán de los valientes.  
 Hijo de mi ternura, en ígneas letras,  
 Allá sobre los cielos esplendentes,  
 El nombre escrito está de Zaragoza,  
 Y el de Numancia allí, y el de Sangunto:  
 Mil siglos volarán sobre sus ruinas;  
 Se hundirán los tiranos y sus tronos;  
 Morirán astros; finarán imperios;  
 Eterno, empero, su renombre y gloria,  
 Durará á par del mundo su memoria.  
 Y la tuya también: grato el destino  
 Correr me ha concedido ante tu ojos  
 El velo diamantino  
 Que cubre el porvenir. Gemirá España  
 En congojoso afán; hijos y hermanos  
 Con sangre regarán el patrio suelo;

Que nunca, dílo al mundo, nunca el cielo  
 Dejó impune el sufrir á los tiranos.  
 Mas no feroz el Déspota del Sena  
 Aherrojará sus inocentes manos,  
 Ni atará al carro á la nación, que un día  
 Tierra y mar abarcaba, ambas regia.  
 Así plugo á los hados: Zaragoza  
 Caerá en espiacion; y de sus ruinas  
 Se alzará sobre el trono refulgente  
 La libertad de la española gente.  
 Claro honor de mi estirpe, tú el primero  
 Arrostrando impertérrito la muerte,  
 Debes abrir á la Ciudad augusta  
 El ínclito sendero  
 De la inmortalidad: jamas cobarde  
 Tender el cuello á la cadena insana!  
 Jamas besar la mano enrojecida  
 Con la inocente sangre castellana!  
 Jamas! sí; yo lo juro... arrebatado  
 Clamó así Palafox: la helada planta  
 Abrazó de la Sombra, arrodillado;  
 Y al estallido súbito de un trueno  
 Se disipó el Espectro, como el humo,  
 Al querer estrecharle contra el seno.  
 El héroe se inclinó: su pecho fuerte  
 Sintió oprimido de respeto santo;  
 Y entorpecer sus agitados miembros  
 El terror silencioso de la muerte.